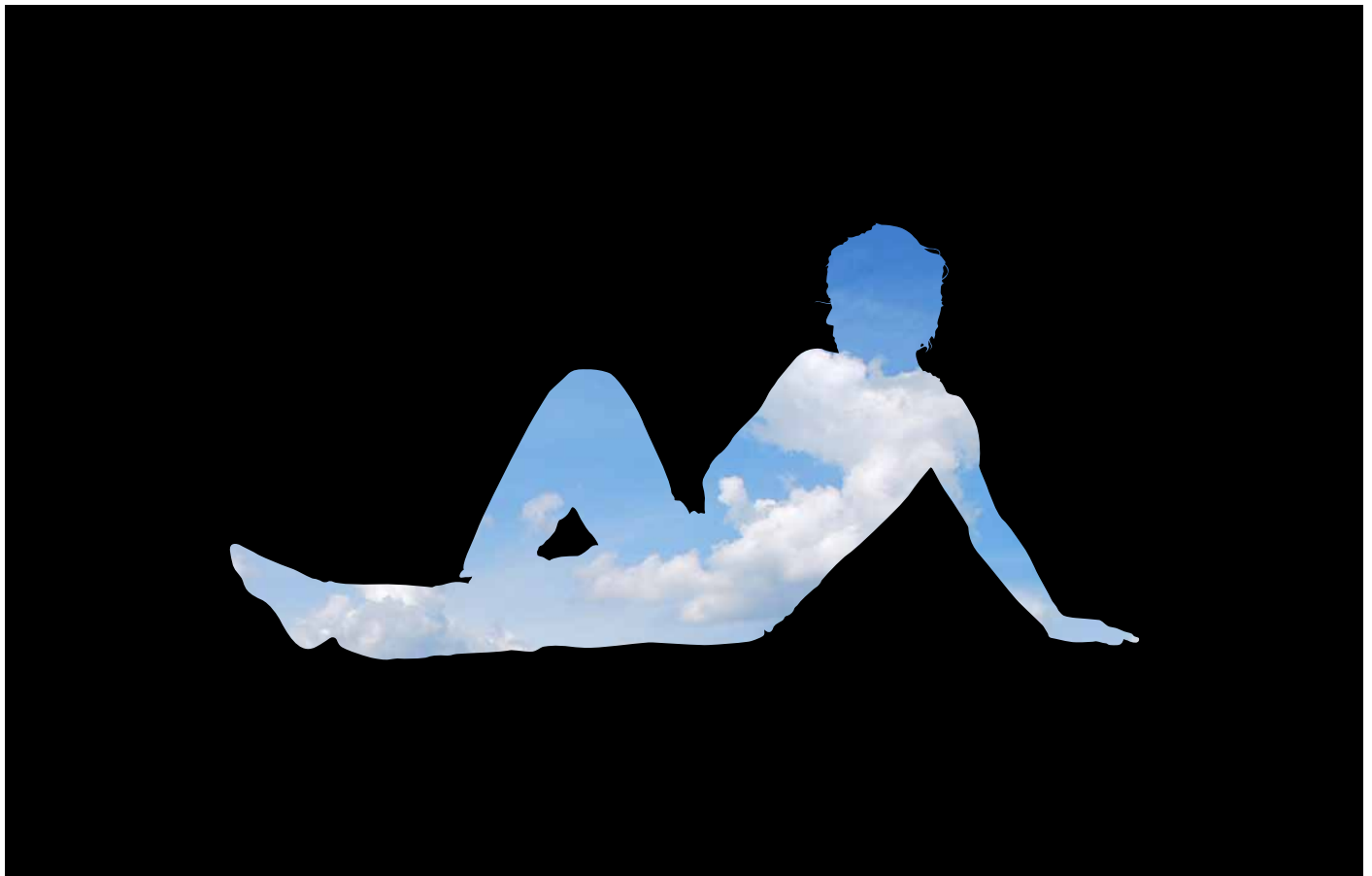


Firma invitada

Sombra y sueño en la tierra de América

Rosendo Tello



“Las ilusiones, dentro de la obra de Gil-Albert, representa un hiato trágico y una sutura dolorosa.”

Juan Gil-Albert, sobre el soporte alegórico-simbólico del fenómeno primaveral, teje la urdimbre de su poesía antes y dentro del destierro, y me atrevería a afirmar que a lo largo de toda su obra poética.

En América cristaliza en plenitud el mito personal del poeta, vertebrado en torno a tres elementos esenciales, clave que describe todo un proceso interior. Son estos términos *tierra*, *sombra* y *sueño*. Aparecen en muchos poemas de *Las ilusiones*, con múltiples equivalencias, derivados y sustituciones, pero nítidamente deslindables en uno de los poemas más reveladores del libro, “Hyazinthos”. Dice así:

El sol todos los años
En ese día lleno de esperanza
En que la tierra deja de su sombra
Abrirse el sueño (...)
...
Le tiende el gran consuelo de sus brazos
Como una trepadora escala de oro¹

Destaquemos los segmentos de nuestro interés: “la *tierra* deja de su *sombra*/ abrirse el *sueño*”. Antes de entrar en el análisis exclusivo de estos términos, debo adelantar unas precisiones estadísticas extraídas del citado libro, *Las ilusiones*. De los sustantivos que aparecen en él, si mi memoria no falla, el término *tierra*, prescindiendo de su familia de palabras y del campo semántico de su irradiación, se repite unas 64 veces. Le sigue, casi en un orden paralelo de frecuencias, su término complementario *sombra*, repetido unas 63 veces. Lo mismo

cabe decir del término *sueño*, con una frecuencia inferior de 26 veces, aunque superior a la frecuencia media de otros sustantivos.

Espero que datos tan simples no parezcan impertinentes. Estudiosos muy serios han sabido extraer consecuencias útiles de tales índices: así los que extrajo P. Guiraud de la poesía de P. Valéry. El hecho, sin embargo, no sorprenderá a quien haya leído con atención a Gil-Albert. Así C. Simón, que ha sabido ver el hondo proceso germinal que la obra del alicantino la cimbrera, resumiéndolo en una certera frase: “El espectáculo de la vida en su estado naciente, camino de su realización positiva”.

Es decir, un trayecto antropológico jalonado por los términos que nos ocupan: *tierra*, *sombra* y *sueño*. Tres esquemas fecundos que nutren de savia todo un modo de operar poético. La *tierra* en cuanto madre de símbolos, cuya dramatización arranca de la *sombra* para manifestarse en el *sueño*.

América en el sueño

Las ilusiones, dentro de la obra de Gil-Albert, representa un hiato trágico y una sutura dolorosa. Dos concepciones conviven en la ensoñación de la tierra: la americana y la española natal; dos tierras en contraste, contempladas a la luz del tiempo y el espacio ideales helénicos. Desde la tierra americana debe empezar el poeta de nuevo a reconstruir, con paciencia de araña primaveral, la urdimbre deshilvanada de su mito. Otro cielo, otra mirada se abre. La tierra de México le resulta extraña porque sobre ella proyecta su sombra espectral el sueño de sus dioses muertos: sombra helada, sol frío herido de muerte, sueño de desencantada virulencia.

En la primera parte del libro, *Las ilusiones*, nos enfrentamos al estrato más arcaico de la representación terrestre. El poeta se halla condenado a vivir como

una sombra, un sueño que conduce siempre hacia la muerte, fondo del abismo donde su vida vive la existencia; es decir, una vida abocada al *ex-sistir*, un estar fuera y sin morada, a la intemperie de la existencia. Sólo la memoria esencial, alimentada por el recuerdo constante de la tierra nativa, estimula su vivir. La sombra de la tierra es benigna y los seres en ella vegetan, sombras felices, entre los umbráculos de fuego, los vergeles de naranjos, como quienes han conocido el paraíso.

“El convaleciente”, segunda parte de Las ilusiones, representa una lúcida toma de conciencia frente a las apariencias ilusorias de un mundo engañoso y falaz.”

A la sombra maternal de la tierra y a la luz de los antiguos soles se diluyen los contrarios, en la paz y la armonía de la revelación. Tierra y mito funden la sombra en la abertura y cumplimiento del sueño. Si “El convaleciente”, segunda parte de *Las ilusiones*, representa una lúcida toma de conciencia frente a las apariencias ilusorias de un mundo engañoso y falaz, “Los oráculos”, tercera parte, con el descenso de Ganimedes a la tierra y la conciliación de vida y muerte mediante la figura de Adonis-Cristo, se eleva a la revelación con el poema “Hyazinthos”, momento supremo en que, tras el poema “La primavera”, la tierra deja de su sombra abrirse el sueño.

Debemos abandonar aquí temática tan sugestiva en incitaciones. Sin embargo, a fin de vislumbrar las honduras abismales a las que desciende la mirada gil-albertiana, habrá que tener en cuenta la función desempeñada por el mar en la

¹ Gil-Albert, J. *Las ilusiones*, en “Los oráculos”. Barcelona, Ocnos, Barral Editores, 1975, p.82.

poesía del destierro. El poeta hubo de enfrentarse al océano en su largo periplo hacia América; pero el verdadero sentimiento del océano se le comunicará en el viaje que emprende desde México hasta la Argentina. En ese trayecto debe situarse la visión más sombría y tenebrosa de su cosmogonía.

“Los oráculos”, tercera parte, con el descenso de Ganimedes a la tierra y la conciliación de vida y muerte mediante la figura de Adonis-Cristo, se eleva a la revelación con el poema “Hyazinthos”, momento supremo en que, tras el poema “La primavera”, la tierra deja de su sombra abrirse el sueño. ”

El Océano Pacífico está considerado como pasivo y pacífico, “mar de su nombre”, asiento primordial y monstruosidad primigenia, puesto que desborda toda medida terrestre. Se contempla al mar, dominio de la Gran Madre marina oceánica, bajo los torvos celajes de una tormenta. Es fondo ciego y elemental, materialidad sonámbula y monstruosidad femenina, mole fluida y marmórea a un tiempo, hondo estrépito que rueda por la libertad de su abismo, nebulosa naturaleza prisionera, monstruo polifémico en cuya única pupila relampaguea la desesperación sin fin, según las caracterizaciones del poeta.

El océano, pues, asume caracteres, más que antropológicos, ginecológicos, porque su naturaleza femenina, elemental e informe, a todos engaña con la variedad de sus vestiduras y con su desolado embrujo. Desde su desolación de viajero de los mares, Gil-Albert roza

los límites de un viaje infernal al inconsciente nocturno marino.

Los tres elementos de la ensoñación gil-albertiana profundizan en su representación más elemental y arcaica: el océano y la noche absoluta, la sombra espectral de la luna, las estrellas cuyo sueño de difusa iluminación se metamorfosea en unos cuerpos fugitivos, embriones primarios, incapaces de remontarse más allá porque les falta la revelación solar, sin el cumplimiento que procede de la tierra en plenitud.

La cosmogonía gil-albertiana sorprende a los tres elementos en su fase primordial: aguas marinas oceánicas, noche en tinieblas, sueño sin formalización eficiente. Semejante visión aparece en la serie de poemas que va de “Los viajeros” hasta “El recuerdo” y abre su arco en *Poemas (el existir medita su corriente)*. Cuando brilla el sol, el mar, aunque peligroso, nos permite, “verde como un jovencuelo”, adentrarnos en él, acariciándonos con dulces sonos y suaves brisas².

La terrible Madre oceánica dulcifica su rostro tenebroso frente a la presencia de la tierra, que fulge a los lejos, nos cubre con su sombra protectora y nos mecemos en su “concha rubia” solar. Las olas del mar, entonces, a la luz de la tierra natal transfigurada por el sol, se transforman en hierbas inmortales. La tierra, mecida en su concha, penetra en la representación del sueño con la belleza de la Venus boticellesca, acariciada por bienhechores cefirillos.

Quiero entender que la visión negativa que a Gil-Albert le suscita el mar se adelantaba ya en el sentimiento negativo que en él despertaba la tierra mexicana y el trópico, según recordamos antes.

2 Las citas de este excursus están tomadas de la serie de poemas del mar, desde “Los viajeros” hasta “El recuerdo”. Citaré desde ahora solamente los títulos de poemas correspondientes a Las ilusiones.

Aquí la sombra se proyecta sobre todas sus ensoñaciones porque brota de una tierra que tiñe de desencantada virulencia los placeres de los mejicanos, hundidos en los vergeles de la miseria. En vano despertará la aurora, fundida ahora al crepúsculo.

La sombra se retrae hacia la tierra, cegando las representaciones del mundo, velo de Maya, “torpe sueño” en que se desvanece “la verdad que busco”, unidad disuelta en la multiplicidad de las apariencias; velo de muerte que se proyecta sobre las aspiraciones amorosas, realidad fantasmal, para acabar en el sueño de la muerte, “meditativa estatua que retorna/ su enamorado rostro hacia la muerte”³. Tan negativa visión contagia también el recuerdo de momentos plenos, asociados a un tiempo de esplendor vivido en los valles patrios: las “sombras adoradas” de los pastores se metamorfosean, a los ojos del poeta, en un “anciano adusto”, entre “esparcidos rebaños”⁴.

“El sentimiento negativo que sombrea los poemas de ambiente mexicano contagia el sentimiento idolátrico de Gil-Albert por los personajes divinos y los dioses de la antigüedad helénica. ”

En el “espejo torvo” de la existencia se contemplan hombres y dioses. El sentimiento negativo que sombrea los poemas de ambiente mexicano contagia el sentimiento idolátrico de Gil-Albert por los personajes divinos y los dioses de la antigüedad helénica. Con el tiempo, y dentro ya de “El convaleciente”, despertará de su “demencia” y su admiración se volcará no sobre las

3 “La jornada campestre”, p. 13.

4 “Los pastores”, p. 72

divinidades olímpicas, sino sobre las divinidades y personajes míticos sufrientes, los que el poeta concibe como modelo y paradigma de la naturaleza y la vida humanas.

De ahí que el trazado del recorrido interior de la poesía de Gil-Albert venga limitado, en primerísimo lugar, por la presencia de figurantes femeninos. La tierra gil-albertiana, ya desde los inicios, se halla representada por Démeter, la Thea Méter, la Gran Madre terrestre, diosa de la vegetación mediterránea y de las semillas que fructifican, madre del alimento primordial: el trigo, el pan y sus migajas. Démeter se erige en arquetipo soberano del cultivo y la cultura de la tierra, humanizada por su sombra benefactora y protectora.

Tres diosas jalonan el itinerario interior: Démeter; Perséfone, su hija, que funde la sombra benéfica de la tierra invernal e infernal hacia la floración, renovación y alegría primaverales, para culminar en la fiesta en que se manifiesta la verdad, y Pallas Atenea, diosa cuya presencia da cumplimiento al verano de la existencia y de la vida; diosa de las lechuzas de la sabiduría, del olivo y el aceite con que unguir el transcurso sereno y luminoso del viaje existencial.

La tierra, pues, asistida por tan bella teoría femenina, se alza a representación del alma de la madre naturaleza, simbolización fecunda, a su vez, del alma humana. Imposible esquivar a K. G. Jung. El hombre, afirma, proyecta contenidos inconscientes y la parte personal proyectada sólo puede ser su parte femenina, es decir, el *ánima*. La tierra es imagen primera de nuestra psique personal, *ánima* o sombra que debe centrarse en el sueño completo del "sí-mismo", el núcleo más hondo del yo, su fundamento⁵.

Si esto es así, no será de extrañar, por tanto, que el itinerario

profundo de la poesía de Gil-Albert se señalice con las presencias divinas femeninas que asumen la tierra, Démeter; la sombra, Perséfone, y el sueño cumplido de la sabiduría y de la luz, Pallas Atenea, que acompañará al poeta, nuevo Odiseo, en su regreso a la tierra patria.

“ El hombre, afirma, proyecta contenidos inconscientes y la parte personal proyectada sólo puede ser su parte femenina, es decir, el *ánima*. ”

A la sombra y a la luz de ese recorrido envolvente se dibuja otro recorrido interior, personal del poeta, jalonado por las presencias masculinas de su particular autorepresentación: el sensato Ganimedes, ya descendido a la tierra; Adonis y Cristo, o Adonis-Cristo, solución de vida y muerte en su ajuste con la vida humana, y Hyazinthos, la más fiel imagen amorosa de Gil-Albert, en la apoteosis cultural en que se realiza el sueño. Ver ahora cómo se va ampliando la red de relaciones y revelaciones en otros personajes nos alejaría de nuestro propósito.

5 Jung, C. G., *La psicología de la transferencia*, Barcelona, Planeta Agostini, 1985.